

DESDE LOS MÁRGENES: CONSTRUYENDO UNA EPISTEMOLOGÍA DE LAS MÚLTIPLES EUROPAS

Manuela Boatcă

De la crítica al eurocentrismo que las ciencias sociales han desarrollado durante las últimas décadas han surgido varios modelos teóricos concebidos como soluciones para superar la condición eurocéntrica de la teoría social dominante, todavía bajo el control del paradigma de la modernización y de sus avatares actuales¹. La mayoría de los nuevos modelos ha concentrado su crítica en el concepto occidental de modernidad –que a la vez corresponde a una concepción de modernidad como algo occidental– y lo ha reemplazado por el de modernidades múltiples, enredadas, fragmentadas, alternativas o simplemente “otras”. Independientemente del marco teórico dentro del que han sido elaborados, los distintos conceptos de modernidades plurales comparten la idea de que la modernidad original, aquella que sirvió como modelo y referencia para las demás, ha sido –y sigue siendo– la modernidad europea².

Desde tal perspectiva, tanto el este como el sur de Europa, al igual que América Latina, representan sólo extensiones de la modernidad occidental inicial, copias del programa cultural de la modernidad desarrollado en Occidente. Sin embargo, hablar de la múltiple modernidad europea parece, según Shmuel Eisenstadt, sugerir una simultaneidad, inclusive una paridad, de los desarrollos al interior del continente:

It is a commonplace to observe that the distinct varieties of modern democracy in India or Japan, for example, may be attributed to the encounter between Western modernity and the cultural traditions and historical experiences of these societies. This, of course, was also true of the different communist regimes. What is less well understood is that the same happened in the first instance of modernity –the European– deeply rooted in specific European civilizational premises and historical experience³.

La misma retórica de una Europa coherente en sus principales rasgos se encuentra de nuevo en el proyecto económico y político de la Unión Europea, que ha ido monopolizando el término “Europa” de forma tal que solo son incluidos en dicha referencia sus estados miembros. Aunque el concepto de Europa nunca ha tenido un significado exclusivamente geográfico –sino que siempre ha reflejado la geopolítica así como también la epistemología de los distintos momentos históricos–, con el discurso de la unidad europea se fue construyendo lo que podríamos llamar una “geografía moral” del continente –con profundas implicaciones para la política identitaria de los países excluidos (Mapa 1). Tal geografía supone una escala ontológica y moral que parte desde el área occidental, incuestionable en su carácter moderno, democráti-

Mapa 1
Mapa de la “geografía moral” de la Unión Europea 2005



Fuente: elaboración propia en base al mapa oficial de la situación de la ampliación de la Unión Europea en 2005 [disponible en http://ec.europa.eu/enlargement/images/map/ELA50102_CARTE.gif].

co y pacífico, así como en su superioridad, hasta una parte rezagada, violenta e inferior –y, como tal, de dudosa europeidad – casi siempre ubicada en los países balcánicos.

Para entender mejor la lógica detrás de las nuevas teorías así como también aquella detrás del modelo “pan-europeo”, propongo sustituir la noción de una sola Europa que produce múltiples modernidades, por la de múltiples Europas con distintos y desiguales papeles en el proceso de definición hegemónica de modernidad y de su difusión. No se trata aquí de enumerar los orígenes semitas y árabes de la Europa premoderna, que no se encuentran en la supuesta secuencia unilineal que rastrea Europa en un conjunto greco-romano y cristiano, y que ya muy detalladamente han analizado Enrique Dussel⁴ y Anthony Pagden⁵, entre otros. Más bien cabe centrar la atención en las relaciones de poder y en las diferentes jerarquías que se han formado dentro de la misma Europa durante la época moderna.

De mapas mentales a mapas imperiales

Entre las explicaciones sociológicas de los patrones de conflicto entre minorías étnicas, religiosas o entre civilizaciones, las que utilizan representaciones gráficas generalmente llegan a jugar el papel más destacado en la discusión –tanto dentro como fuera de los círculos académicos. Uno de los mejores ejemplos de este fenómeno es el debate sobre el mapa que utilizó el científico político Samuel Huntington en 1993 para ilustrar su teoría del choque de civilizaciones como modelo para el futuro de los conflictos mundiales (Mapa 2)⁶. En la visión de Samuel Huntington, al menos desde 1500 siempre hubo dos Europas totalmente diferentes: la Occidental y la Oriental. La frontera que las divide se modificó brevemente durante la Guerra Fría, cuando se correspondió con la frontera marcada por la cortina de hierro.

Mapa 2
Transformación de Europa Occidental



Fuente: Samuel Huntington, “The Clash of Civilizations?”, en *Foreign Affairs*, vol. 72, n. 3, verano 1993.

Sin embargo, en esencia, las diferencias en el nivel económico, en la cultura política y, especialmente, en la religión quedaron inalteradas durante el dominio comunista en la región oriental. Según Huntington, el rol de cada una de las dos Europas en la construcción de la modernidad –es decir, sus respectivos aportes a la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y la industrialización– había sido determinante para la permanencia del contraste entre ambas. El conflicto que de allí resulta justifica, en su opinión, hablar de las dos partes del continente como si pertenecieran a civilizaciones distintas –por un lado, la cristiandad occidental, por el otro, la cristiandad ortodoxa y el islam. Sus respectivas lógicas culturales dictarán también la estabilidad de los sistemas políticos democráticos después de la caída del muro de Berlín, de manera que el Oeste se caracterizará por democracias estables, mientras que en el Este la permanencia de democracias será cuestionable⁷. Como se puede ver en el Cuadro 1, las diferencias entre las dos Europas podrían resumirse según su pertenencia a uno de estos dos lados.

Aunque de formas diferentes, tanto el modelo de guerra de civili-

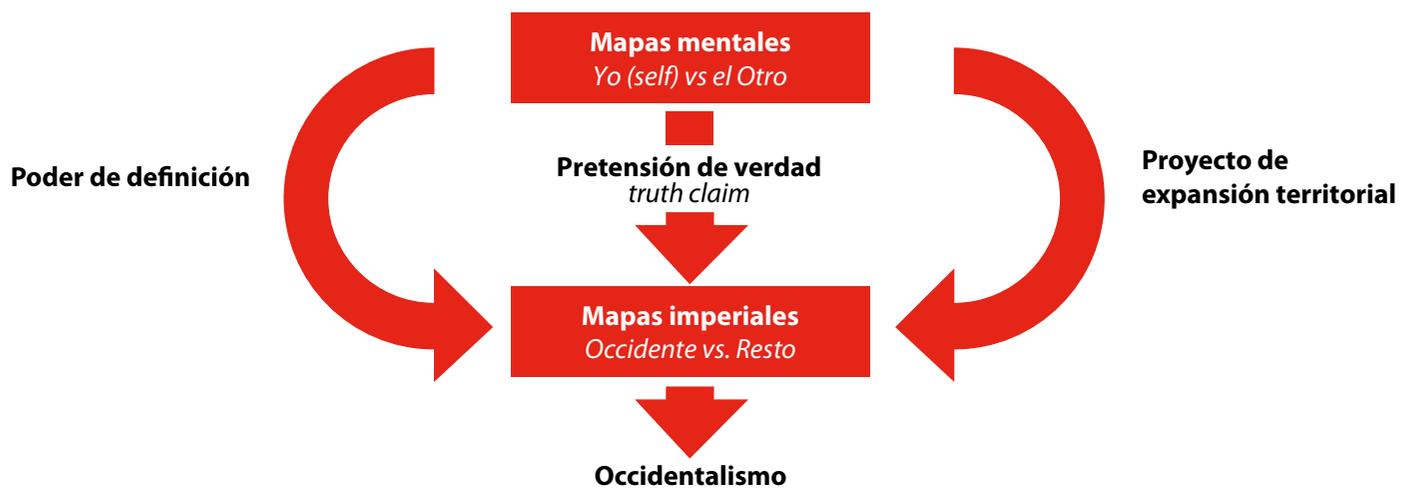
zaciones como el proyecto de la Unión Europea proponen mapas mentales particulares del continente europeo, o más bien lo que Lewis y Wigen han llamado una meta-geografía, “el sistema de las estructuras espaciales a través de las cuales la gente ordena su conocimiento del mundo”⁸. Mientras que la mayoría de los mapas mentales individuales o referidos a ciertos grupos conceptualizan las diferencias mediante la ayuda de sistemas similares de oposiciones binarias, la pretensión de verdad (*truth claim*) que hacen a través de ellos es immanente a su grupo de origen. En cambio, los mapas mentales que aquí se discuten combinan, por un lado, la pretensión de verdad objetiva con un proyecto territorial de naturaleza colonial o imperial que presta legitimidad a la representación particular del mundo; por el otro, el poder de definición necesario para imponer esa representación como válida tanto al grupo de origen (*in-group*) como a los grupos ajenos (*out-groups*). Por lo tanto, los mapas así propuestos están basados sobre todo en una práctica discursiva dentro de una estructura de poder –es decir, ellos son, en las palabras de Fernando Coronil, mapas imperiales (Gráfico 1)⁹.

Cuadro 1
La cortina cultural de terciopelo de Huntington

Divisoria	Norte/Oeste	Sur/Este
Progreso económico	alto	bajo
Sistema político	democracia estable	¿? (democracia poco probable)
Religión	protestante/católica	ortodoxa/musulmana
Papel en la historia de la modernidad europea	central	periférico

Fuente: elaboración propia en base a S. Huntington, *op. cit.*

Gráfico 1
De mapas mentales a mapas imperiales



Fuente: elaboración propia

La cuestión de los orígenes históricos de la división este-oeste dentro de Europa sigue siendo objeto de debate en las ciencias sociales. Según se tomen en cuenta sus dimensiones económicas, políticas o religiosas hay probablemente más de una respuesta. Sin embargo, en cuanto a la cuestión de la distancia de Europa Oriental respecto del núcleo de la identidad occidental del continente, puede afirmarse que ha sido el discurso orientalista del siglo XIX –en el sentido que le dio Edward Said¹⁰– el que ha influido de manera decisiva en las actuales categorías de Europa Occidental y Oriental y que ha convertido las estrategias de delimitación del “Oriente” en un componente importante de la identificación geopolítica y cultural con Europa.

Para el período de la post-Ilustración, Edward Said ha identificado el orientalismo como discurso dominante de las representacio-

nes occidentales del “otro”, lo que permitía que la cultura de Europa Occidental ganase “en fuerza e identidad separándose del Oriente como de un sí suplente y hasta subterráneo”¹¹. Las representaciones de Occidente como progresista, racional, civilizado y biológicamente superior se fundaban en descripciones académicas, literarias y científicas del Oriente como región atrasada, irracional, necesitada de la civilización y racialmente inferior, lo que justificaba la colonización y el control europeo.

Siguiendo a Said, Fernando Coronil y Walter Dignolo afirman, sin embargo, que el orientalismo de los siglos XVIII y XIX no se habría podido concebir sin una idea anterior de occidentalismo, cuya aparición coincidió con el inicio de la extensión colonial de Europa Occidental a lo largo del siglo XVI. Como “la expresión

La misma retórica de una Europa coherente en sus principales rasgos se encuentra de nuevo en el proyecto económico y político de la Unión Europea, que ha ido monopolizando el término “Europa” de forma tal que solo son incluidos en dicha referencia sus estados miembros.

Más que una locación física en el mapa, el concepto geopolítico de Occidente que emergió en el siglo XVI fue una locación epistémica para la producción de mapas mentales hegemónicos, es decir, de mapas imperiales cargados con un componente discursivo de poder.

de una relación constitutiva entre las representaciones occidentales de la diferencia cultural y la dominación occidental mundial¹², el occidentalismo no representa la contrapartida del orientalismo, sino su condición previa, un discurso desde y sobre Occidente que crea el marco para las narraciones con respecto al “otro” – es decir, para el orientalismo, pero también para anti-semitismo, el racismo y el sexismo¹³. Más que una locación física en el mapa, el concepto geopolítico de Occidente que emergió en el siglo XVI fue una locación epistémica para la producción de mapas mentales hegemónicos, es decir, de mapas imperiales cargados con un componente discursivo de poder.

Lo que demasiado frecuentemente se deja de lado en este contexto es el hecho de que el occidentalismo, como perspectiva del conocimiento que emergió con el establecimiento de la hegemonía occidental en tanto que modelo global de poder, no es un mero sinónimo de “eurocentrismo”. Mientras que el eurocentrismo es un componente esencial del occidentalismo como lo defino aquí, y los dos, hasta un cierto punto, pueden ser tratados como intercambiables en cuanto a su impacto en el mundo no europeo, es imperativo diferenciarlos con respecto a sus alcances dentro de Europa.

De múltiples orientalismos a múltiples Europas

Durante la primera modernidad, cuando la Europa periférica y secundaria del siglo XV se convirtió en la Europa conquistadora en el Atlántico y, a la vez, en el primer centro del sistema-mundo capitalista¹⁴, tanto la dominación territorial europea como el alcance de su pretensión de verdad (*truth claim*) eran aún parciales. En cambio, desde la segunda modernidad del siglo XVIII empezaron a tomar forma las jerarquías que estructurarán a Europa según principios similares a aquellos aplicados al mundo colonial.

Si para Aníbal Quijano la propagación del eurocentrismo en el mundo no-europeo tuvo lugar con la ayuda de sus dos mitos fundadores, el evolucionismo y el dualismo¹⁵, cabe destacar que ellos también sirvieron para propagar el occidentalismo dentro de Europa una vez efectuado el cambio de hegemonía que sustituyó al centro hispano-lusitano por el noroccidental. Por un lado, la noción evolucionista de que la civilización humana había procedido de una manera lineal y unidireccional desde un estado inicial de naturaleza a través de las etapas sucesivas que condujeron a la civilización occidental justificó la diversificación *temporal* del continente europeo: mientras al Este se lo consideraba todavía feudal, el Sur vivía el fin de la Edad Media, y el Noroccidente representaba la modernidad.

Por otro lado, el dualismo –es decir, la idea de que las diferencias entre europeos y no-europeos se pueden explicar en términos de categorías naturales infranqueables tales como primitivo-civilizado, irracional-racional, tradicional-moderno¹⁶– permitía tanto una división *espacial* como *ontológica* dentro de Europa. Siendo geográficamente inseparable de Europa, y a la vez cristiano y blanco, el sudeste del continente y, especialmente, los Balcanes no pudieron ser construidos como “un otro incompleto” de Europa, como en el caso del Extremo Oriente, pero sí como “un yo incompleto” (*incomplete self*)¹⁷ del Occidente moderno. Además, su proximidad a Asia y su herencia cultural otomana lo ubicaban a mitad de camino entre el Oriente y el Occidente, confiriéndole así una condición intermedia de región semi-oriental, semi-civilizada, semi-desarrollada y semi-colonial, siempre en un proceso para alcanzar al Occidente.

The fact that the undeniably Christian adherents of Greek Orthodoxy had for long been under Ottoman rule, and thus fully absorbed into Asia, remained an additional reminder of the alien origin of Christianity. Greek and Russian Christianity [...] would always be a threat to any sustained attempt to fabricate a single European identity with a single origin¹⁸.

Según Maria Todorova, mientras el orientalismo como discurso se encarga de las diferencias entre dos tipos (asignadas), el europeo (*self*) y el oriental (el otro), el balcanismo trata las diferencias de grado dentro de un tipo –el europeo.

A partir de este momento, tenemos por lo menos dos tipos de modelos europeos subalternos al modelo hegemónico de poder y, al mismo tiempo, el primer mapa imperial de múltiples Europas. Se trata de lo que, en consecuencia, denominaría la *Europa decadente* (aquella que había perdido tanto la hegemonía como el poder para definir un poder hegemónico –*self*– y su subalternos –otros–), la *Europa heroica* (autodefinida como productora de los logros de la modernidad) y la *Europa epígona* (definida, a falta de esos logros, como *reproductora* de las etapas recorridas por la Europa heroica).

Si bien la Europa decadente y la Europa epígona tenían en común su posición de semi-periferias, el hecho de haber alcanzado esta posición a través de diferentes caminos contribuyó a desunirlas en sus intereses. En España y Portugal, la memoria del poder y la posesión de idiomas imperiales forjaron la conciencia de un descenso desde el centro, es decir, una nostalgia imperial. En cambio, en la región del continente que solo emergió como europea con el progresivo declive del Imperio Otomano, el ascenso al estado de semi-periferia dentro del sistema-mundo y la permanencia del estado de

Cuadro 2
Múltiples Europas

Europa	Prototipo	Papel en logros modernos	Posición en el sistema-mundo	Actitud	Papel en el colonialismo
Decadente	España, Portugal	participante	semi-periferia	nostalgia	fundador
Heroica	Francia, Inglaterra	productora	centro	hegemonía	central
Epígona	Balcanes	reproductora	semi-periferia	aspiración	cómplice

Fuente: elaboración propia

periferia dentro de Europa hicieron de la aspiración a la europeidad –definida como modernidad occidental– la actitud dominante.

De tal forma, la imposición del mapa imperial de las múltiples Europas sirvió para sancionar positivamente la hegemonía de la Europa heroica, la cual se convirtió así en la única instancia capaz de imponer una definición universal de modernidad y, a la vez, de desplegar sus proyectos imperiales en las otras Europas o a través de ellas. Por un lado, la segunda modernidad, bajo el control de Holanda primero, y de Francia e Inglaterra más tarde, utilizará las conquistas territoriales de la primera modernidad hispano-lusitana como recursos humanos, económicos y culturales constitutivos de sus propios logros –es decir, de la así llamada “Revolución Industrial”. Sin embargo, eso sucederá sin integrar la contribución de la Europa decadente ni la de las Américas conquistadas en el relato de la modernidad –definida, a la vez, como de origen nor-occidental e intra-europeo.

Por otro lado, y especialmente a partir de mediados del siglo XIX, la segunda fase del sistema-mundo capitalista aprovechará el fin de la dominación otomana en el este del continente para establecer neo-colonias en las sociedades rurales y agrícolas de la región y controlar el acceso a las vías comerciales estratégicas del Mar Negro y del Danubio.

La siguiente modernización de los países balcánicos y del sudeste de Europa a través de la introducción de instituciones y medidas liberal-burguesas tendrá el objetivo de volverlos reconocibles en términos institucionales para Occidente y económicamente dependientes de él. Asimismo, esta fase irá acompañada por la determinación de sus identidades políticas y culturales en relación con el discurso occidental de poder. En consecuencia, no sólo Austria, sino también Polonia, Rumania y Croacia definirán su contribución a la historia europea como “baluartes de la cristiandad” frente al peligro musulmán, en tanto que cada país del este europeo se autodefinirá como “frontera entre barbarie y civilización” o “puente entre el Oeste y el Este”, legitimando así la superioridad occidental y fomentando un orientalismo que los afectaba a ellos mismos en cuanto balcánicos, no suficientemente cristianos o blancos.

Desde tal perspectiva –la de instrumentalización del lugar geopolítico de “las demás Europas” para los fines de la Europa heroica en la larga duración (*longue durée*)– resulta más fácil entender que el occidentalismo dirigido hacia los subalternos europeos nunca ha representado un obstáculo para el euro-centrismo que ellos manifiestan hacia el mundo no-europeo; más bien lo contrario es cierto. Por un lado, Huntington acusaba a las partes ortodoxas y musulmanas de Europa por su marginalidad y pasividad con respecto a los logros de la modernidad, situándolos al “otro” lado de la frontera en los futuros choques de civilizaciones. Por el otro, sin embargo, la redefinición del mapa del Europa Oriental y los Balcanes en el contexto de un modelo jerárquico de múltiples Europas revela que la ceguera respecto a la lógica (neo)colonialista que prevalece en los discursos políticos sobre la identidad en aquellas áreas los hace más bien cómplices del proyecto colonial de poder imbricado en el surgimiento de la modernidad.

La europeización como proyecto, proceso y problema

Más allá de la atracción que genera el discurso de la guerra de civilizaciones, el modelo de las múltiples Europas se está reproduciendo en la mayoría de los mapas mentales actuales del continente. Que la teoría y la práctica de la “expansión hacia el Este” de la Unión Europea actúan, en las palabras de Jozsef Böröcz, como “instrumentos de orientalismo”¹⁹, llega a ser evidente en el hecho de que, por ahora, los últimos países que consiguieron la admisión a la Unión Europea hayan sido Rumania, Bulgaria y Croacia; los últimos en negociarla, Macedonia, Serbia, Islandia y Montenegro. Mientras, hasta ahora, las negociaciones de adhesión con Turquía han quedado “congeladas” después de un largo proceso de solicitud que lleva más de veinte años. La secuencia así como también el orden de la incorporación en lo que ha llegado a ser un equivalente de “Europa” –es decir, la Unión Europea– representan una réplica casi exacta del grado de conexión de esos países con una herencia otomana, y por lo tanto oriental.

Mientras tanto, las negociaciones de las identidades culturales y raciales enmarcadas en términos de la negación de un pasado oriental, del énfasis en su propia contribución a la civilización europea, y en trazar el mapa de su integración en la Unión Europea como una “vuelta a Europa” –y, por lo tanto, como acto de la reparación histórica– dominan de nuevo la retórica de la identidad a través de Europa Oriental, como lo muestran los discursos políticos y especialmente electorales en la región desde los años noventa. Por un lado, las élites nacionales en los casos de Croacia y Eslovenia denominaron la transición política y económica de sus países en aquella década como una liberación de la “oscuridad balcánica”²⁰. Al mismo tiempo, tanto en Croacia como en Polonia, las promesas electorales de volver a adherir institucional y económicamente a Europa estuvieron basadas en el énfasis del papel que los dos países han desempeñado en la lucha histórica contra de la amenaza otomana²¹, mientras que en todos los estados sucesores de Yugoslavia, los argumentos relacionados con la histórica asociación con Europa Central –en lugar de Europa Oriental o de los Balcanes– han dominado las campañas electorales²².

Aunque nunca abordado explícitamente como tal, uno de los principales objetivos de estas negociaciones es la “blancura” de los candidatos a la europeidad²³, condición cuyo cumplimiento se considera en función de una profunda ruptura con el respectivo legado islámico, oriental u otomano. En consecuencia, las estrategias individuales de delimitación de este pasado están condicionadas por la posibilidad de traspasar el carácter oriental y, en última instancia, la “no-blancura” a nuevos “otros” dentro de la región, así reproduciendo el orientalismo internamente y de manera caleidoscópica:

[...] while Europe as a whole has disparaged not only the orient “proper”, but also the parts of Europe that were under oriental Ottoman rule, Yugoslavs who reside in areas that were formerly the Habsburg monarchy distinguish themselves from those in areas formerly ruled by the Ottoman Empire and hence ‘improper’. Within the latter area, eastern Orthodox peoples perceive themselves as more European than those who assumed

[...] especialmente a partir de mediados del siglo XIX, la segunda fase del sistema-mundo capitalista aprovechará el fin de la dominación otomana en el este del continente para establecer neo-colonias en las sociedades rurales y agrícolas de la región y controlar el acceso a las vías comerciales estratégicas del Mar Negro y del Danubio.

*identity of European Muslims and who further distinguish themselves from the ultimate orientals, non-Europeans*²⁴.

Especialmente después del 11 de septiembre y de la construcción discursiva de la amenaza terrorista como “desafío islámico” en todo el mundo occidental, la occidentalización se está convirtiendo rápidamente en una cuestión de tomar partido en el choque de civilizaciones que Huntington veía como una de las características de futuros conflictos. En este contexto, el hecho de que la ampliación actual de la Unión Europea tenga lugar bajo el nombre de “expansión oriental”, y que la inclusión de los países europeos del centro y sureste en la UE se conciba como un “proceso de europeización” denota nuevamente el carácter de “puente” que la Europa del Este asume en el imaginario occidental.

El discurso de la “europeización” instrumenta el simbolismo orientalista para establecer la distancia del Oriente como punto de referencia al patrón de modernidad y civilización, al mismo tiempo que moviliza los complejos de inferioridad que de ahí resultan con la ayuda de una lógica de inferiorización cuantitativa. Cuando lo que el Occidente percibe como “amenaza islámica” ha tomado el lugar del “peligro comunista”, Europa Oriental ha cambiado su estatuto de “segundo mundo” político y económico por el de “segundo mundo” cultural y racial. Como mundo blanco, cristiano y europeo, pero, al mismo tiempo, “atrasado”, “tradicional” y predominantemente agrario, la Europa epigonal retoma así la identidad de un “yo incompleto” (*incomplete self*) de la Europa hegemónica. Lo que Immanuel Wallerstein ha denominado la “tonalidad de disputas familiares” en los procesos de alterización racial en espacios culturales afines, permite incluir la Europa Oriental en la identidad de la Unión Europea en ampliación al mismo tiempo que excluirla.

*Key elements of this moral geopolitics –the centrifugal radiation of goodness, the centripetal flow of appreciation, and the repudiation of the non-west-European local as insufficiently good or outright evil – are strikingly familiar in the east-central European context*²⁵.

There is no safe place: cuestiones abiertas de la descolonización

¿Desde qué Europa se podría, entonces, descolonizar la modernidad euro-céntrica? Tomando en cuenta que cada una de ellas ha producido, durante varios momentos en la historia de la modernidad/colonialidad, ideologías imperialistas, nacionalistas, racistas o totalitarias, no hay un lugar geopolítico y epistemológicamente seguro (“*there is no safe place*”)²⁶ para fomentar el proceso de descolonización –pero sí hay potenciales distintos hacia tal objetivo.

Se ha sugerido más de una vez que las posiciones intermedias en el sistema-mundo –es decir, las semi-periferias– abarcan más que el potencial innovador institucional, político y económico que les atribuyen los teóricos del sistema-mundo²⁷. Con respecto al potencial cultural y epistemológico, las semi-periferias han estado sujetas a las mismas tendencias contradictorias y estimulantes que caracterizan su

desarrollo social y económico. Históricamente, esto les ha permitido beneficiarse de dos condiciones: primero, el hecho de no formar parte del centro implicó experimentar situaciones de dominación política y económica relacionadas con aquellas sufridas por las áreas periféricas y enfrentar la necesidad de desarrollar soluciones teóricas y prácticas frente a ellas. En segundo lugar, el hecho de no ser parte de la periferia les permitió un cierto grado de visibilidad en la producción de conocimiento, lo que no fue posible para los proyectos intelectuales surgidos en “sociedades acalladas” de áreas periféricas²⁸. En consecuencia, Boaventura de Sousa Santos se refirió a la semi-periferia como mucho más que un eslabón en la jerarquía económica del sistema-mundo capitalista –y, en el caso de Portugal, más bien como “una forma de ser dentro de Europa y en el ultramar”²⁹.

En el contexto del proyecto de civilización auto-proclamado de la Unión Europea, esto, sin embargo, equivale a una renovada carrera por la identidad entre aquellos países del Este situados en el “dobladillo” de la “cortina de terciopelo” que supuestamente separa al cristianismo “verdadero” del islam. Para ellos, el punto de llegada de la carrera –tener acceso a los mercados occidentales, a las posibilidades de empleo y a la ayuda financiera– representa un ejercicio en la “geopolítica moral” que implica deshacerse de su orientalidad –o por lo menos minimizarla– profesando al mismo tiempo su voluntad de occidentalidad. Es decir, para ellos es más urgente asegurarse la posibilidad de participar de los privilegios occidentales que señalar las asimetrías de poder dentro del espacio político paneuropeo e invertir esfuerzos en superarlas. La mística de la unidad sólo puede funcionar mientras nadie se oponga a su lógica.

Se ha sugerido, por lo tanto, que a diferencia de la epistemología de la frontera generada por el claro contraste colonial entre Europa y el resto del mundo, el marco epistemológico del antiguo “segundo mundo”, situado en los márgenes de las potencias imperiales y coloniales europeas, es vago y fragmentado. Parafraseando a Enrique Dussel, si la inteligencia filosófica surgida en la periferia implica no tener ningún privilegio por defender³⁰, se podría agregar que vivir en la frontera implica participar de esos privilegios y, al mismo tiempo, experimentar la opresión. Por otro lado, si el este de Europa tenía más acceso a ese potencial epistemológico en el siglo XIX por pensar a la vez desde los bordes del Imperio Otomano y del imperio occidental emergente³¹, los proyectos intelectuales de Europa del Sur que toman en cuenta –y, a la vez, toman en serio– su frontera con el sur global podrían ser la base de un pensamiento fronterizo desde dos “otras formas de ser”.

Discutiblemente, cuantos más privilegios hay que defender, menos se explora el potencial transformador que reside en el aspecto subalterno de la posición fronteriza. Esta es la razón por la cual, aunque toda la región marcada por la diferencia imperial se podría ver como un lugar propicio para la elaboración de una epistemología fronteriza, la probabilidad del desarrollo de un pensamiento descolonizador es más alta entre los anteriores súbditos del poder imperial/colonial que en los sitios donde las nostalgias imperiales actúan como accesorios a una epistemología eurocéntrica. Diferenciar entre sus contribuciones a la colonialidad en la larga duración (*longue durée*) es sólo el primer paso en la exploración del futuro del proyecto descolonizador.

Notas

¹ Este artículo es una versión actualizada de un texto publicado originalmente bajo el título: “Múltiples modernidades y la mística de la unidad”, en Heriberto Cairo y Ramón Grosfoguel (comp.), *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa. Un diálogo Europa-América Latina*, Madrid, Iepala Ed., 2011.

² Willfried Spohn, “Multiple, Entangled, Fragmented and Other Modernities. Reflections on Comparative Sociological Research on Europe, North and Latin America”, en Sergio Costa *et al.* (eds.), *The Plurality of Modernity: Decentring Sociology*, München, Mering, 2006, pp. 11-22; Arturo Escobar, “Worlds and Knowledges Otherwise: The Latin American Modernity/Coloniality Research Program”, en *Cultural Studies*, vol. 21, n. 2-3, marzo-mayo 2007, pp. 179-210.

³ Shmuel N. Eisenstadt, *Comparative civilizations and multiple modernities*, Amsterdam, Brill, 2003, p. 558.

⁴ Enrique Dussel, “Europa, Modernidad y eurocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 41-52.

⁵ Para Enrique Dussel, la diacronía unilineal Grecia-Roma-Europa es un invento ideológico de finales del siglo XVIII romántico alemán que oculta tanto la mitología fenicia del nacimiento de Europa como la influencia del mundo árabe musulmán en lo que se definía como “el griego clásico” y constituye por ello “un manejo posterior conceptual del ‘modelo ario’, racista”. *Ibidem*, p. 41

Pagden reconstruye el mismo trayecto de una idea de Europa basada en la amnesia de sus orígenes asiáticos: “Thus an abducted Asian woman gave Europe her name; a vagrant Asian exile gave Europe its political and finally its cultural identity; and an Asian prophet gave Europe its religion. As Hegel was later to observe, Europe was ‘the centre and end’ of History, but History had begun in Asia”. Anthony Pagden, “Europe: Conceptualizing a Continent”, en A. Pagden (ed.), *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 35.

⁶ Samuel Huntington, “The Clash of Civilizations?”, en *Foreign Affairs*, vol. 72, n. 3, verano de 1993.

⁷ *Ibidem*, p. 31.

⁸ Martin W. Lewis y Kären E. Wigen, *The Myth of Continents. A Critique of Metageography*, Berkeley, University of California Press, 1997, p. IX.

⁹ Fernando Coronil, “Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories”, en *Cultural Anthropology*, vol. 11, n. 1, febrero de 1996, pp. 51-87.

¹⁰ Edward Said, *Orientalism*, New York, Vintage Books, 1979.

¹¹ *Ibidem*, p. 3.

¹² Fernando Coronil, *art. cit.*, p. 57.

¹³ Manuela Boatcă, “Lange Wellen des Okzidentalismus. Ver-Fremden von Geschlecht, ‘Rasse’ und Ethnizität im modernen Weltsystem”, en Gabriele Dietze, Claudia Brunner y Edith Wenzel (eds.), *Kritik des Okzidentalismus. Transdisziplinäre Beiträge zu (Neo-)Orientalismus und Geschlecht*, Bielefeld, Transcript, 2009.

¹⁴ Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

¹⁵ Anibal Quijano, “Colonialidad del Poder y Clasificación Social”, en *Journal of World-Systems Research*, vol. VI, n. 2, verano/otoño de 2000, pp. 342-386 (número especial conmemorativo para Immanuel Wallerstein, Part I: <http://jwsr.ucr.edu>).

¹⁶ *Ibidem*, p. 543.

¹⁷ Maria Todorova, *Imagining the Balkans*, New York, Oxford, Oxford University Press, 1997.

¹⁸ A. Pagden, *op. cit.*, p. 35.

¹⁹ József Böröcz, “Introduction: Empire and Coloniality in the ‘Eastern Enlargement’ of the European Union”, en J. Böröcz y Melinda Kovács (eds.), *Empire’s New Clothes. Unveiling EU Enlargement*, Central European Review, Holly Cottage, 2001, p. 6 [disponible en <http://www.ce-review.org/ebookstore/rutgers1.html>].

²⁰ Nicole Lindstrom, “Between Europe and the Balkans: Mapping Slovenia and Croatia’s ‘Return to Europe’ in the 1990’s”, en *Dialectical Anthropology*, vol. 27, 2003, p. 319.

²¹ Milica Baki-Hayden, “Nesting Orientalisms: The Case of Former Yugoslavia”, en *Slavic Review* 54, n. 4, invierno de 1995, p. 922.

²² *Ibidem*, p. 924; N. Lindstrom, *op. cit.*, p. 324.

²³ J. Böröcz, *op. cit.*, p. 32.

²⁴ M. Baki-Hayden, *op. cit.*, p. 922.

²⁵ J. Böröcz, “Goodness Is Elsewhere: The Rule of European Difference”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 48, n. 1, 2005, pp. 115.

²⁶ Walter Mignolo, “Prophets Facing Sidewise: The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference”, en *Social Epistemology*, vol. 19, n. 1, enero de 2005, p. 125.

²⁷ Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall, *Rise and Demise: Comparing World-Systems*, Boulder, Westview Press, 1997, pp. 78 y ss.

²⁸ M. Boatcă, “Semiperipheries in the World-System. Reflecting Eastern European and Latin American Experiences”, en *Journal of World-Systems Research*, vol. XII, n. 2, diciembre de 2006, pp. 321-346.

²⁹ Boaventura de Sousa Santos, “Between Prospero and Caliban. Colonialism, Postcolonialism and Interidentity”, en *Review*, vol. XXIX, n. 2, 2006, pp. 143-166.

³⁰ E. Dussel, *Filosofía de la liberación*, Bogotá, Ed. Nueva América, 1976, p. 16.

³¹ M. Boatcă, *From Neoevolutionism to World-Systems Analysis. The Romanian Theory of ‘Forms without Substance’ in Light of Modern Debates on Social Change*, Opladen, Leske + Budrich, 2003.